

HIDALGO

EL APRENDIZ DEL ZORRO

Nuria Gómez Bénét



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



HIDALGO: EL APRENDIZ DEL ZORRO

Nuria Gómez Bénet

I

YA PASABAN DE LAS NUEVE, LA CAMPANA DE LA IGLESIA ACABABA de dar el toque de la oración y se habían ido los invitados. Después de la tertulia, andaba yo apagando velas, guardando barajas y partituras, cuando con un ademán de la mano me llamó a su lado y me echó de nuevo esa mirada verde, intensa y pacífica que tenía:

—Me recuerdas al niño que fui, José Macario —me dijo, así, de pronto, con el último sorbo de chocolate.

Yo no supe qué se respondía en esos casos, así que nada más bajé la mirada. A la gente de respeto no se le mira a los ojos, me lo tiene muy bien dicho mi padrino, pero es que los del padre Miguel como que lo atrapan a uno y, para no ser grosero, uno debe estar siempre pendiente de volver la vista hacia otra parte.

—A ver —me dijo revolviéndome el cabello—, quita ya esa cara de espantado.

—No, no es que esté espantado —respondí—, sino que la presencia de vuestra merced me impone.

Yo pensé que me había quedado muy bien compuesta la frase, pero él se rió.

—Déjate de muchachadas y dile a Vicenta que me sirva otro poco de chocolate.

Me extendió su mancerina de plata (una especie de plato con un soporte para poner la jícara en que se servía el chocolate); la tomé y salí hacia la cocina mientras oía a mis espaldas:

—¡Ah, qué niño este! ¡Vuestra merced me impone...!

2

Al párroco Hidalgo, igual que a mí, se le murió de parto su mamá cuando nacía otro de sus hermanitos menores. Esto fue allá, en la hacienda de Corralejo, donde vivió de niño, jugando en el huerto y entre los corrales con sus hermanos, tomando leche recién ordeñada y carcajeándose de verse bigotes blancos en la cara. Nada más que, a diferencia de mi papá, el del padre Miguel se volvió a casar y volvió a enviudar y se volvió a casar por tercera vez. Por eso él tiene tantos hermanos: cuatro de su mamá, uno de la segunda señora y otros cinco de la tercera, la mamá de las señoritas Vicenta y Guadalupe, que le hacen casa aquí en

San Felipe Torresmochas (llamado así porque la torre de su iglesia y la de algún otro templo cercano se quedaron construidas a medias).

Mi papá cuando enviudó, se quedó con Josefina, mi hermanita, recién nacida, con Faustino de un año y Soledad de tres. Fue entonces cuando mi padrino, José Santos Villa, le prometió a mi papá que él se encargaría de mí.

—Que tenga vuestra merced buena mano —cuenta mi padrino que le dijo mi mamá, emocionada, cuando él me entregó de vuelta a sus brazos, después del bautizo. Tenía yo tres días de nacido y era el viernes después del jueves de Corpus. En el atrio de la parroquia todavía estaban algunos indios de los que bajan del campo, con sus mulas cargadas de costales, para pedir una buena cosecha, según la tradición.

—Que tenga vuestra merced buena mano —le dijo mi mamá. Y mi padrino José ha cumplido, porque desde que ella murió, me ha cuidado y ha visto por mí.

3

Mi padrino José es pariente del cura Miguel Hidalgo. Llegó con él a San Felipe en enero de 1793, pocos meses antes de que yo naciera. Es muy entendido en música, mi padrino, y por eso desde el principio fue el encargado de



formar la orquesta y de enseñarle a tocar a todo el que quisiera aprender algún instrumento. Le enseñó a don Guadalupe Somorrostro, el criollo, dueño de la tienda, a tocar la flauta. También fue el maestro de trompeta de Simón, el aguador del pueblo, que la hace sonar “como los ángeles de la Anunciación”, según mi padrino. Él le ha dado lecciones a toda la orquesta: al señor Tomás Tzehé, que se empeñó en aprender a tocar el clarinete con sus recias manos de sembrador; a don Antón, el boticario español, delgadito y enfermizo, que hace vibrar el violonchelo como si padeciera de fiebres; y hasta a Juanita, la lavandera, que aprendió a tocar el clavecín.

Lo que sí no perdonaba el padre era que las visitas lo distrajeran de su lectura. Tenía muchísimos libros, en diferentes idiomas. No sólo sabía latín para cantar la santa misa: también sabía hablar y escribir en francés. Yo llegué a ver en la sacristía catecismos y misales en tarasco, que los indios de aquí le dicen purépecha, y en otras lenguas de las que hablan entre ellos los pueblos de alrededor.

Alguna tarde, después de las labores, el padre me leía. Un libro muy bonito, con ilustraciones de animales: *Las fábulas de Lafontaine*. Mi favorita era la de “La zorra y la cigüeña”, porque el padre Miguel hacía con mucha gracia

las voces de los personajes y los dos terminábamos muertos de la risa.

4

Dice el padre Miguel que cuando era un muchacho a él mismo le decían *el Zorro*. Eso era cuando estudiaba con su hermano José Joaquín, el que también se hizo cura, allá en el colegio de San Nicolás, uno de los más antiguos de América. Así le apodaron sus compañeros porque era muy listo, muy astuto para argumentar y entender las lecturas más difíciles. Yo creo que sí era cierto, porque mi padrino me ha dicho que desde muy joven daba clases en el mismo colegio y luego estuvo ahí, en Valladolid, de rector. Yo no soy tan astuto como él, pero me gustaría serlo.

Le he prometido a mi padrino aplicarme mucho en mis lecciones. No quiero que el maestro me vuelva a colgar del cuello el letrero de “Atolondrado” que me puso la otra vez, cuando le tiré el tintero en los zapatos.

—Si me van a colgar algo del cuello —le dije a mi padrino—, será un cartel que diga “Estudioso”. Aunque, en el fondo de mi corazón, lo que le pido a Nuestro Señor todas las noches es que el maestro discurra colgarme uno que diga “Zorro”, para poder ser de grande como el padre Miguel.

5

A mí lo que más me gustaba era el chocolate que hacía la señorita Vicenta. Tenía una espuma tierna que hacía cosquillas y hasta sonaba, así, quedito, cuando le alcanzaba a uno los labios. Se me figuraba que así habían de sonar los besos en la boca, pero luego dejaba de pensar en esas cosas, no fuera que el padre José María me dejara de vuelta tres rosarios de penitencia en el confesionario.

Después me gustaba el teatro. Una vez el padre Miguel puso esa obra: el *Tartufo*, de un escritor llamado Molière. Como estaba en francés, primero la tradujo completa al español, luego escogió a los actores entre la gente de la parroquia, encargó las telas a la capital, diseñó el vestuario, dirigió los ensayos, ayudó a fabricar la escenografía... A mí me gustó mucho verlos a todos disfrazados actuando tan bien, especialmente a la señorita Josefina, que era Elmira, la heroína de la obra. Dice mi padrino José que en Francia prohibieron que se presentara el *Tartufo*, porque critica a los que llamándose buenos católicos son en realidad unos cínicos hipócritas. Sólo que mi padrino no me deja repetir exactamente esas palabras.

A la gente le dio por llamar a la casa del padre Hidalgo “La Francia Chiquita”. Unos decían que porque, como en esa revolución que hubo en Francia, ahí todos eran tra-

tados con igualdad y fraternidad. Otros, porque había en ella teatro y música, veladas literarias y tertulias, como dicen que hay en Francia.

Ahora que lo pienso bien, tal vez me gustaba un poco más, o igual que el chocolate, eso de pasar las hojas de las partituras cuando tocaba la orquesta. Ahí me estaba yo, de pie y calladito, con el cabello alisado y la ropa limpia, muy pendiente de las notas con ojos y orejas, junto al atril de mi padrino José, o al lado del mismo padre Miguel, cuando tocaba el violín cerrando sus ojos verdes.

Yo de reojo lo veía, pero él no. ¡Qué va! Cuando el padre Miguel toca su violín se puede caer el mundo alrededor, que él no se da cuenta. Cierra los ojos y ni la partitura ve. Yo no sé para qué mi padrino me mandaba a voltearle las hojas, si él ni las miraba. Traía las notas dentro de su cabeza y hacía gestos muy inspirados. Era como si estuviera bailando en un sueño y no despertaba hasta terminar de tocar. Entonces veía el pentagrama y sonreía. A veces me miraba y era conmigo con quien se sonreía.

—Bien hecho, José Macario —me dijo la primera vez que le ayudé. Y me extendió un puño de jamoncillos de leche, de esos riquísimos que hacía su hermana Vicenta sólo para él. Esa noche se me ocurrió que también quería

yo tocar el violín, y a la mañana siguiente mi padrino ya me estaba enseñando.

6

Cuando cumplí los ocho años, el padre Hidalgo me preguntó si quería ser acólito en la iglesia. Por supuesto que le dije que sí. Estaba dispuesto a aguantar la comezón de los cuellos almidonados, con tal de ayudarle cuando él cantaba la misa. Me gustaba darle brillo a la patena y hacer caras sobre ella cuando nadie me veía, encender los cirios y tocar las campanitas para que todos bajaran la cabeza a la hora de la consagración.

Yo no entendía entonces sus sermones, pero veía a la gente muy atenta. Decían que hablaba con gran sabiduría. Lo que sí me consta es que los preparaba con dedicación: incluso dejó algunos por escrito.

Dice mi padrino que el padre Miguel es un hombre de ideas novedosas. Que aprendió desde niño con sus profesores jesuitas, antes de que una mañana los sacaran del colegio, encadenados, porque el rey los expulsó de la Nueva España. Dice que también aprendió del obispo Antonio de San Miguel, que hasta hoy lo protege, eso de la “teología positiva”, que ordena a los padres de la Iglesia predicar, dar los sacramentos y todo, pero también llevar a

cabo acciones a favor de los demás. El obispo Antonio de San Miguel tuvo muchas acciones de éstas cuando “el año del hambre”, en 1786. Abrió industrias para dar trabajo a las personas y compró muchos costales de grano para regalar. Fue él quien dio la orden a los curas de la diócesis de aplicar a los recién nacidos, junto con el bautismo, la vacuna contra la viruela, para que se terminaran las epidemias, que tantas muertes causaron en la Nueva España.

Por eso el padre hace tantas cosas; trabaja con sus manos con los campesinos y toma como ellos el azadón para labrar la tierra. Por eso fundó en San Felipe el taller de alfarería, donde hoy trabajan muchos que antes no tenían en qué trabajar.

7

Estando yo en Valladolid, cuando mi padrino me mandó a estudiar al colegio de San Nicolás, el padre Hidalgo se fue para Dolores. Lo llamó el obispo: se había muerto el párroco don José Joaquín Hidalgo y Costilla, hermano del padre Miguel, y tuvo que tomar su lugar. Hace ya siete años que se fue, y también allí lo siguió mi padrino.

Fui a buscarlos hace poco a Dolores, pero no los hallé. La iglesia estaba cerrada y sólo encontré al *Cojo* Galván, el sacristán. Me dijo que hacía unos días se habían ido a

hacer la guerra de independencia, para quitarnos el yugo de los españoles. Que salieron de allí la madrugada del 16 de septiembre con unos tres mil hombres. Él mismo, que además de sacristán es campanero, fue quien, por órdenes del padre Hidalgo, llamó aquel domingo antes de tiempo a la misa de madrugada, para reunir a la gente. Así es que se fueron y yo no los vi.

—Pero ven, muchacho —me dijo el señor Galván—. Déjame enseñarte lo que ha hecho aquí el padre junto con su hermano Mariano.

Y me llevó a ver una casa donde pusieron industrias. Varias, no sólo la de alfarería como en San Felipe.

—El mismo padre Miguel se puso a estudiar —me contó añorante— y luego les daba pláticas a sus obreros por las noches, para enseñarles los oficios.

Me mostró una alfarería más grande que la de San Felipe, donde ya no sólo se hacen cacharritos de barro, sino finas vasijas y lebrillos de talavera de muy hermoso colorido. A un lado, una curtiduría de pieles de la que salen artículos de cuero que parecen hechos en los talleres de la capital; una carpintería de muebles finos; una herrería donde incluso se acuñaron monedas de cobre.

—Y para más adelanto —siguió contando el sacristán—, sembró viñedos y olivos por todo del pueblo. ¡In-

cluso llegamos a hacer nuestro vino! No estaba mal, pero tuvimos que quitarlos porque son cultivos ilegales (la Corona los prohibía para obligar a que estos productos se importaran de España).

Ya entrando la tarde, me mostró los apiarios que inició el padre Miguel con abejas traídas de La Habana.

—Pasando el tiempo —me dijo con una sonrisa franca—, con la cera que sacaban no sólo se hicieron las velas para todos los altares del templo y para las casas de Dolores: tan bien se dieron que... ¡hubo que llevar enjambres a otros lugares!

El padre Miguel también sembró moreras, esas plantas de las que se alimenta el gusano de seda, y puso telares para hilar los finísimos hilos que producían. Se sabe que la seda de Dolores llegó a ser tan buena como la de la Mixteca y que el propio padre Hidalgo lleva, orgullosamente, una sotana de seda de sus talleres.

Finalmente, al atardecer de aquel día, 20 de septiembre de 1810, *el Cojo Galván* me llevó a la casa del curato. Al compás de su paso lento nos adentramos en el cuarto del padre Miguel.

—Ven, José Macario —me dijo emocionado—, que aquella larga noche, antes de ordenarme llamar a la misa, me dejaron un encargo para ti.

Abrió el armario a la luz de la vela y me entregó, como se entrega un tesoro, el violín del padre Miguel.





Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



*Mig. Hidalgo
Generalísimo
de América*

Hidalgo.



SEGOB



MÉXICO
2010

